

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Contenido

Temas de gozo	5
Sobre las aguas	9
La fuerza del rey Uzías	19
Meditaciones breves (1): Juzgar a nuestros hermanos	24
Ha resucitado el Señor verdaderamente (VII)	26

Año XII. N° 1

Enero - Febrero 2007

EN ESTO PENSAD

LECTURAS DE EDIFICACION CRISTIANA

Es una publicación de distribución gratuita que se sostiene con las oraciones, las ofrendas y la contribución de los hermanos que deseen colaborar.

Para toda comunicación referente a la publicación, sírvase dirigirse a:

ROBERTO JORGE ARAKELIAN
CAP. CAIRO 546
B 1842 CSB MONTE GRANDE
BUENOS AIRES
ARGENTINA

©2007 Todos los derechos reservados. Editor: Roberto Jorge Arakelian.

Los artículos editados en otros idiomas se han traducido con el permiso de sus editores. Derechos de traducción reservados. Permiso de reproducción únicamente de forma completa y sin cambios, citando la fuente:

« **EN ESTO PENSAD, LECTURAS DE EDIFICACIÓN CRISTIANA,**
www.lecturasbiblicas.org »

Queda prohibido utilizar este material con fines comerciales y/o cobrarlos.

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

www.lecturasbiblicas.org

E-mail: pensad@lecturasbiblicas.org

NOTAS ACLARATORIAS

Las citas bíblicas utilizadas en esta publicación son tomadas de la versión Reina-Valera Revisada en 1960. Sin embargo, hay ocasiones en que la claridad del texto requiere el empleo de diferentes versiones, tales como la Versión Moderna u otras. Excepcionalmente, puede ser necesaria la traducción directa de la versión usada por el autor de un determinado artículo. En cada caso se indicará la versión empleada.

Abreviaturas:

BAS	=	Biblia de las Américas
RV 1909	=	Reina-Valera Revisión 1909
RVR 77	=	Reina-Valera Revisión 1977
RVA	=	Reina-Valera Actualizada 1989
VM	=	Versión Moderna (H.B.Pratt, revisión 1929)
N.T.I. <i>Gr./Esp.</i>	=	Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español (F. Lacueva)
VHA	=	Versión Hispanoamericana (Nuevo Testamento)
<hr/>		
(<i>M. E.</i>)	=	<i>Messageur Évangélique</i>
<hr/>		

Las citas bíblicas textuales se encuentran entre comillas: “ ” y las citas no bíblicas entre comillas: « »

En esto pensad

Filipenses 4:8

Lecturas de edificación cristiana

Año 12
2007

Correspondencia:
Cap. Cairo 546
B 1842 CSB Monte Grande
Buenos Aires - Argentina

www.lecturasbiblicas.org
E-mail: pensad@lecturasbiblicas.org

En los comienzos de un año nuevo, ¿qué podríamos desear a nuestros lectores sino que puedan estar siempre gozosos? Esto puede parecer difícil en los sombríos días que estamos viviendo. Sin embargo, los temas de gozo abundan, a pesar de todo lo que podemos encontrar en este mundo. El Evangelio es un gran tema de gozo; ni el tiempo, ni las circunstancias pueden cambiar absolutamente nada de él. Aun desde el fondo de una cárcel, el apóstol Pablo podía escribir a sus amados filipenses: “Regocijaos en el Señor siempre. Otra vez os digo: ¡Regocijaos!” (Filipenses 4:4). Tal gozo es, pues, la parte del creyente, incluso cuando se encuentra en medio del sufrimiento. El evangelio según Lucas, de manera particular, nos habla de ese júbilo del cual está lleno. Veamos juntos algo de esos diversos temas de gozo.

Un mensajero celestial descendió para decirles a los pastores: “He aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lucas 2:10-11). ¡Tenemos un **Salvador!** ¡Qué gracia y qué gran tema de gozo! Jesús salva “perpetuamente a los que por él se acercan a Dios” (Hebreos 7:25) Dicha salvación será consumada muy pronto en la gloria. Aun cuando tuviéramos solamente este tema de gozo, podríamos regocijarnos en todo tiempo. El Salvador es también **el Cristo**, aquel que reinará sobre todo el universo. Entonces la creación, que está con dolores de parto hasta ahora, será liberada de la esclavitud de corrupción, bajo la cual gime, y gozará de la libertad gloriosa de los hijos de Dios (cf. Romanos 8:21-22). ¿No nos regocijamos pensando en ello? Aquel a quien es-

peramos así es también **el Señor**. Muy pronto, toda rodilla se doblará delante de Él y toda lengua lo confesará como Señor, para gloria de Dios Padre (cf. Filipenses 2:10-11). Regocijémonos pensando en el día de su triunfo, día que está cercano.

Pero volvamos las páginas del evangelio que hemos citado y hallaremos otros temas de gozo.

“Gozaos y alegraos”, les dijo el Señor a sus discípulos. ¿Cuál podía ser, pues, el tema de tal regocijo? “Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrezcan, y cuando os aparten de sí, y os vituperen, y desechen vuestro nombre como malo, por causa del Hijo de Hombre. Gozaos en aquel día, y alegraos, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos” (Lucas 6:22-23). Conocemos poco de tal gozo a causa de nuestra poca fidelidad para manifestar los caracteres del único Hombre que ha glorificado a Dios en la tierra. No obstante, sentimos que no somos del mundo y que llevamos el vituperio por ello. Al pensar en nuestros hermanos que, en diversas partes del mundo, son perseguidos por causa del bello Nombre que fue invocado sobre ellos (cf. Santiago 2:7), al simpatizar con ellos, participamos del gozo que tienen por el hecho de que Dios los estima dignos de padecer afrenta por Él (cf. Filipenses 1:29).

El Señor ató al hombre fuerte y saqueó sus bienes (cf. Mateo 12:29; Lucas 11:21-22); incluso confirió a sus discípulos poder sobre el enemigo de nuestras almas. En el capítulo 10 de Lucas leemos que envió a setenta de sus discípulos revestidos de tal poder. Cuando ellos volvieron, le dijeron al Señor, con gozo: “Señor, aun los demonios se nos sujetan en tu nombre.” Entonces Él les dijo: “No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (v. 17-20). Es evidente que, aún hoy, podemos

gozarnos cuando vemos almas arrancadas del poder de Satanás. ¡Que Dios nos conceda más a menudo el privilegio de ser espectadores del poder del nombre de Jesús! Pero podemos regocijarnos siempre, sabiendo que nuestro lugar está asegurado en los cielos, en la casa del Padre. Allí está nuestra ciudadanía; pronto llegaremos allí. ¡Regocijémonos!

“En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó” (v. 21). ¡Divino Salvador! Él también se regocijó en un mundo en el cual sólo encontró sufrimiento. El Padre había querido que fuera así, y Él se regocijaba en ello. Aquí hallamos dos temas para regocijarnos: el primero, pensando en el gozo de nuestro Señor, y el segundo, pensando que el Padre nos develó sus secretos a nosotros, pobres ignorantes, y nos hizo conocer su nombre, el cual nos ha sido revelado por el Hijo. Conocemos al Padre. Este nombre, ¿no es el gozo de sus hijos?

Los discípulos eran bienaventurados, pues veían y entendían cosas que muchos profetas y muchos reyes habrían deseado ver y oír (v. 24). Ahora bien, nosotros no vemos a un Cristo humilde y humillado, como lo vieron los discípulos, sino que vemos a Cristo sentado a la diestra de la Majestad en las alturas. Ellos oían hablar de cosas que conciernen al reino, pero nosotros, ahora, escuchamos hablar del misterio que entonces todavía estaba escondido desde los siglos en Dios (cf. Efesios 3:9). Podríamos detenernos para meditar durante largo tiempo sobre todos estos temas de gozo, los cuales aquí tan sólo nos limitamos a mencionar.

El capítulo 15 de Lucas abunda en temas de gozo. En él

hallamos el gozo del buen Pastor cuando encuentra su oveja que se había perdido, a la cual pone sobre sus hombros y lleva a la casa. Toda la casa está llena de gozo, y los amigos y vecinos participan de ese gozo. También leemos acerca de la mujer que se goza cuando encuentra la dracma que se había perdido en el polvo de este mundo. Y los ángeles, que son espectadores de las maravillas de Dios, contemplan el gozo que llena Su santuario. Cuando el hijo pródigo regresa, la casa se llena de gozo. Hay allí música y danzas. El hijo estaba perdido y regresó; estaba muerto y volvió a la vida.

Cuando Jesús se acercaba a Jerusalén, montado en un pollino de asna, toda la multitud de los discípulos, gozándose, comenzó a alabar a Dios a grandes voces por todas las maravillas que habían visto, diciendo: “¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor; paz en el cielo, y gloria en las alturas!” (Lucas 19:29-38). El Rey de gloria entraba en su ciudad real. Pero allí Él debía ser coronado de espinas y levantado en una cruz. Muy pronto, y esto será dentro poco tiempo, Él entrará allí de nuevo, aclamado por un pueblo que se le ofrecerá voluntariamente (cf. Salmo 110:3). Entonces habrá paz no solamente en el cielo, sino también en la tierra. ¿No nos gozamos pensando en ello?

El Señor, después de su resurrección, se presentó en medio de sus discípulos y éstos se regocijaron. Los discípulos tenían mucha razón para regocijarse: volvían a ver a Aquel que habían llorado durante tres días; la muerte estaba vencida, un nuevo día comenzaba para ellos. A pesar de ello, el gozo que sintieron no era perfecto, porque estaba mezclado con incredulidad. Hoy, el Señor está presente en medio de los dos o tres que se congregan hacia su nombre y, ciertamente, podemos regocijarnos al contemplarlo por la fe. Por desgracia, nuestra in-

credulidad, tal como la de los discípulos, a menudo es un obstáculo que nos impide sentir la plenitud de nuestro gozo, lentos como somos para confiarnos a Él.

Finalmente, el Señor fue alzado de la tierra y separado de sus discípulos. Él ya no estaba con ellos. Y el gozo que habían experimentado, ¿se habría ido con Él? No. De nuevo sus corazones estaban llenos de gozo. Ellos volvieron a Jerusalén con gran regocijo. Cristo resucitado y glorificado era su tema de gozo, y es también el nuestro. Tal gozo produce la alabanza mediante la cual Dios es glorificado; Él se agrada en ello. Los discípulos perseveraban unánimes en el templo, alabando y bendiciendo a Dios (véase Hechos 1 y 2).

Hemos mencionado tan sólo algunos temas de gozo; hay muchos más; busquémoslos y meditemos en ellos, así podremos regocijarnos en el Señor siempre.

A. Guignard (M.E. 1943)

SOBRE LAS AGUAS

Los Evangelios nos ofrecen diferentes relatos de las dos travesías que tuvieron que hacer los discípulos sobre el mar agitado, en medio de la tormenta. Mateo 8:23-27; Marcos 4:35-41 y Lucas 8:22-25 nos hablan de la primera, y Mateo 14:22-33; Marcos 6:45-52 y Juan 6:16-21 de la segunda. Sin duda, vale la pena comparar estos relatos.

Varios detalles relativos a la primera travesía sólo se encuentran en Marcos. Por ejemplo, Mateo y Lucas nos dicen que los discípulos estaban con Él o que “le siguieron” cuando Jesús subió en la barca; mientras que Marcos nos muestra a los

discípulos —a los cuales el Señor había dicho: “Pasemos al otro lado”, palabras que, por otra parte, Mateo omite— tomándolo en una barca “como estaba”, y que “había también con él otras barcas”. Asimismo, Marcos es el único que menciona que Jesús “estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal”. Mateo se limita a decir que Jesús “dormía”. Lucas dice que “mientras navegaban, él se durmió”. Este último detalle se indica en Lucas aun antes de mencionar que “se desencadenó una tempestad de viento en el lago”; mientras que en Mateo y Marcos contemplamos a Jesús durmiendo, después de mencionarse la “tempestad tan grande” o una “gran tempestad de viento”, y que “las olas cubrían la barca”, intensamente, “de tal manera que ya se anegaba”. En Mateo, leemos que el Señor, despertado por los discípulos, comenzó a reprocharles a ellos sus temores y poca fe, y que después de hacer eso recién se levantó para reprender al viento y al mar. Por el contrario, en Marcos y en Lucas leemos que en primer lugar Él reprendió al viento y a las olas para que se hiciera bonanza: Él puso término a la prueba, a las dificultades que llevaron a los discípulos a clamar: “¡perecemos!”, y sólo después les dijo: “¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?”, o aún: “¿Dónde está vuestra fe?” Pero en los tres relatos hallamos una misma pregunta —aunque es cierto que con una ligera variante en Lucas— formulada por los discípulos asombrados: “¿Quién es éste que aun los vientos y el mar le obedecen?”

En Mateo y en Marcos los relatos de la segunda travesía son casi semejantes, salvo en uno o dos puntos. Sólo estos dos evangelios señalan que el Señor “hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera”; Juan se limita a decir que “descendieron sus discípulos al mar” y que después

de haber entrado “en una barca, iban cruzando el mar hacia Capernaum”. Asimismo, Mateo y Marcos son los únicos que nos relatan que el Señor “subió al monte a orar aparte”; Juan escribe simplemente que el Señor “volvió a retirarse él solo” (6:15). Aún un detalle que solamente se encuentra en los dos primeros Evangelios: la barca estaba “en medio del mar”. Y si en el evangelio según Juan se habla de “un gran viento que soplabá”, Mateo y Marcos precisan que “el viento les era contrario”.

Marcos añade un detalle que no se encuentra en ninguno de los otros dos Evangelios: el Señor los veía “remar con gran fatiga”. Mateo sitúa el momento en que Jesús fue hacia los discípulos “a la cuarta vigilia de la noche”, Marcos “cerca de la cuarta vigilia”, mientras que Juan, después de haber dicho que “estaba ya oscuro”, precisa que los discípulos “vieron a Jesús”, después de haber “remado como veinticinco o treinta estadios”.

Pero en los tres Evangelios hallamos la misma expresión: Jesús fue hacia la barca “andando sobre el mar”. Este hecho habría tenido que calmar a los discípulos; pero sucedió todo lo contrario; según el relato de Mateo y de Marcos: “Se turbaron, diciendo: ¡Un fantasma! Y dieron voces de miedo.” Juan se limita a señalar que “tuvieron miedo”. En los tres Evangelios, aún, leemos la misma palabra para poner fin al miedo de los discípulos: “Yo soy; no temáis.” Pero sólo Mateo y Marcos refieren las palabras precedentes: “¡Tened ánimo!”

Finalmente, si Mateo y Marcos nos dicen que en cuanto el Señor subió a la barca en la que estaban sus discípulos “se calmó el viento”, Juan escribe: “Le recibieron en la barca, la cual llegó en seguida a la tierra adonde iban.” El final del viaje trajo aparejado el fin de la tempestad.

Leemos, pues, ciertas expresiones que son idénticas en

los tres relatos —quizá vale la pena detenerse a considerarlas especialmente, y alentamos mucho a los lectores para que lo hagan, persuadidos de que en ello encontrarán edificación—; y, de manera general, hallamos casi los mismos detalles en aquellas expresiones que difieren una de la otra en Mateo y en Marcos, mientras que el relato de Juan contiene indicaciones bastante particulares. Sin duda, el hecho de que hallemos esos puntos comunes o esas diferencias tiene su razón de ser. Aquí nos limitamos a proponer la meditación de este tema, pues, al escribir estas líneas, nuestro deseo no era detenernos sobre los detalles, sino más bien tratar de extraer por medio de la comparación de estos relatos una enseñanza en relación con las dificultades que podríamos tener que enfrentar durante nuestro peregrinaje. Anhelamos que tales meditaciones nos sirvan para hallar un precioso aliento frente a los ejercicios espirituales que tengamos que atravesar durante el año que ha comenzado, ¡si el Señor nos deja en este mundo aún por un poco de tiempo!

A las observaciones que hemos hecho sobre los relatos de Mateo 14, Marcos 6 y Juan 6, es necesario añadir que Mateo es el único que nos refiere la respuesta de Pedro, cuando el Señor les dijo: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”; es el único que nos da a conocer la respuesta de Pedro y la escena que siguió.

Si, como hemos considerado, en los relatos de Marcos 4 y de Lucas 8, vemos al Señor levantarse inmediatamente, imponer silencio al viento y al mar, poniendo así término a las dificultades que hallaron los discípulos y permitidas por Él, por el contrario, en el de Mateo 14, vemos que antes de detener la tempestad el Señor dio a Pedro el poder necesario para andar “sobre las aguas”.

Del mismo modo, frente a nuestras pruebas y ejercicios variados, el brazo del Señor no se ha acortado; su voz puede detener la tempestad con una palabra y cambiarla en bonanza. Pero también le puede parecer bueno dejarnos por un tiempo en medio de un mar agitado. Y aun esto es para hacernos experimentar su poder: antes de obrar para transformar las circunstancias y volverlas apacibles, Él despliega dicho poder para sostenernos en medio de la tormenta.

El Señor anda “sobre las aguas”: está por encima de las circunstancias, cualesquiera que sean; Él las domina. Y, en cierto momento y por su poder, también quiere hacernos andar “sobre las aguas”, dándonos el socorro necesario para caminar por la fe, mirándolo sólo a Él, sin dejar que nos detengamos por aquello que podría ser para nosotros un tema de temor y de espanto si desviásemos nuestros ojos de Cristo y los fijáramos en las dificultades del camino.

Así como lo hemos visto también, el Señor puede aún poner término a nuestras dificultades valiéndose de otro medio. Esto es lo que nos enseña el relato de Juan 6. En éste no se nos dice que el Señor detuvo la tempestad o que, en medio de la tormenta, Él dio el poder necesario para andar “sobre las aguas”; el texto nos dice que “la barca... llegó en seguida a la tierra adonde iban”. Para el remanente judío de los tiempos del fin eso significará el término de la gran tribulación; para nosotros será el arribo al puerto deseado, la entrada a la casa del Padre donde el Señor nos introducirá muy pronto, cumpliendo la promesa que leemos en Juan 14:1-3. Tomemos, pues, coraje, ¡el Señor viene! En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, seremos arrebatados de la escena presente ¡y estaremos para siempre con Aquel a quien nuestros corazones esperan, en el

lugar donde “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor”(Apocalipsis 21:4)!

Por otra parte, en el relato simbólico de Mateo 14, Pedro puede ser considerado como una figura de la Iglesia dejando la “barca” judía, en obediencia al Señor, para ir “a Jesús”, contando con el poder de Su palabra. Fue, efectivamente, lo que caracterizó a la Iglesia en los primeros días de su historia. El Evangelio fue predicado “comenzando por Jerusalén” (Lucas 24:47; cf. Hechos 1:4 y 8; 2:14), y los que lo recibieron fueron bautizados y constituyeron, en lugar de Israel, el testimonio de Dios, su Iglesia. Pero era necesario que abandonaran toda la organización del culto judío, el templo, sus ceremonias y sus fiestas, sus sacrificios y sus sacerdotes, todas las ordenanzas establecidas por Jehová y lo que la tradición de los hombres había añadido a ellas, endeble esquiife, por cierto, pero al cual muchos permanecían firmemente aferrados, pues les parecía que constituía el único refugio sólido y seguro. Y era necesario dejar todo eso, no para abordar una embarcación de mejor apariencia, sino para andar “sobre las aguas”. Esto, desde el punto de vista de los hombres, es una absoluta imposibilidad, pero nada hay imposible para Dios. Nada es, pues, imposible para el que cree, porque la fe acude al único poder divino.

Ante la palabra del Señor: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”, Pedro respondió inmediatamente: “Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas.” Es como si hubiera dicho: «¡Señor, estamos angustiados, vamos a perecer... la barca se llena de agua y se va a hundir! ¡Sólo tú puedes socorrernos! ¡Tú has dicho: “Yo soy”! ¡Me haces falta Tú, yo

quiero ir a ti! ¡Y para ir a ti necesito salir de la barca y andar “sobre las aguas”! ¡No puedo hacerlo si no eres tú quien me lo ordena; pero si tú mandas que lo haga yo dejaré la barca sin temor alguno!»

Para andar “sobre las aguas” es necesaria la autoridad que se encuentra en la palabra de Jesús, Aquel que “manda” y a quien obedecen el viento y el mar. El Evangelio según Mateo presenta al Señor como Rey, un rey cuya autoridad sería ignorada, que sería rechazado y crucificado por su pueblo, pero que, a pesar de todo, cuando, después de su muerte y resurrección, volviera a encontrarse con los suyos en el “monte” adonde Él “les había ordenado” que fueran, les diría: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.” Tal autoridad, despreciada por Israel, ahora Él iba a ejercerla en la casa de Dios, establecido como Hijo sobre dicha casa, la cual iba a reemplazar a Israel como testimonio y en la que Dios es conocido como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Aquellos que, mediante el bautismo, entran en dicha casa tienen la responsabilidad de guardar, según les dice Él: “todas las cosas que os he mandado” (Mateo 28:16-20).

Pedro reconocía la autoridad del Señor, se sometía a ella y sabía cuál era el poder de Su palabra. Él ya había probado tal poder en el curso de una escena anterior, sobre ese mismo lago de Genesaret. Entonces, el Señor le había mandado a Simón: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar.” Simón y los que habían trabajado con él “toda la noche” no habían pescado nada; no obstante, Simón dijo: “Mas en tu palabra echaré la red” (Lucas 5:4-6). La fe, tal es el primer resultado producido por la Palabra recibida en el corazón (cf. Romanos 10:17); el Señor había hablado, y para la fe eso era

suficiente. Y la misma palabra que tiene poder para salvar nuestras almas (Santiago 1:21) tiene también poder para hacernos andar, para sostenernos en medio de un mundo en el que nada es estable ni seguro, donde las dificultades nos asaltan y, a menudo, nos amedrentan.

El Señor le dijo a Pedro solamente una palabra: “Ven.” Pero al discípulo esto le bastó; no sintió duda ni tuvo aprehensión alguna. Jesús mandó y Pedro obedeció inmediatamente, sin razonar, sin preocuparse por las posibles consecuencias de su acto, sin buscar la aprobación o, siquiera, preguntar qué pensaban los que estaban con él en la barca: “Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús.”

Tal es, tal debería ser, la marcha de la Iglesia —como también, por otra parte, el andar del creyente— en este mundo; una marcha “sobre las aguas” para “ir a Jesús”. Para andar sobre las aguas no podemos contar con medios humanos, por poderosos que sean; ninguno de ellos sería eficaz. Es necesario tener una fe real y constantemente ejercitada, pues es imposible dar un solo paso sobre ellas sin poner en ejercicio la fe. Y ¿podríamos pensar en preparar de antemano un camino sobre las aguas? No, solamente podemos avanzar mirando a Jesús y contando con el poder de su palabra. Sin duda, hallaremos dificultades; pero la fe no mira las contrariedades, mira al Señor. Mientras Pedro tenía fijos los ojos en Él no veía las dificultades y nada le impedía andar “sobre las aguas”; pero cuando dejó de mirar a Aquel que le dijo: “Ven”, vio lo que no había visto hasta ese momento, es decir, que el “viento” era fuerte, y “tuvo miedo”. ¡Fue entonces cuando comenzó a hundirse!

El enemigo se esfuerza de muchas maneras para conseguir que nuestras miradas se aparten de Cristo —vemos

esto ya sea en la historia de la Iglesia, ya en la historia de un alma— y procura que las fijemos en las dificultades. Dicho enemigo intenta hacernos ver que el viento es fuerte para infundirnos miedo con el fin de lograr que nos sea imposible andar “sobre las aguas”. ¡Entonces comenzamos a hundirnos! Sin duda, el Señor está siempre listo para socorrernos, “extendiendo la mano”, tal como lo hizo con Pedro, a fin de que no nos hundamos; pero ¿es necesario que lleguemos hasta tal punto para evitar hundirnos o para “andar sobre las aguas”?

La Iglesia, un organismo vivo, no tiene ninguna organización establecida; los que la componen se reúnen alrededor del Señor, sin tener otras directivas que las que hallamos en la Palabra, ni otro ministerio que el del Espíritu “repartiendo a cada uno en particular como él quiere” (1.ª Corintios 12:11). Dios manifiesta allí su presencia (cf. 1.ª Corintios 14:25).

Para todo lo que concierne a la administración, a este organismo vivo se le da, paso a paso, la sabiduría y el socorro en la medida en que los corazones esperen en el Señor, de acuerdo con la medida en que la fe ejercitada hace realidad un andar “sobre las aguas”. No podría ser cuestión de trazar un camino de antemano o de apoyarse en recursos humanos. Sin duda, los hombres tienen que actuar, ya sea para ejercer dones espirituales en la congregación o para brindar los cuidados y ocuparse de la diligencias necesarias en la vida de la iglesia. Los instrumentos son escogidos por Dios y empleados por Él, y nosotros no podríamos rechazarlos alegando que todo lo que proviene del hombre es vano. Lo que debe ser puesto de lado es todo lo que proviene del hombre en la carne. Pero sí tenemos que reconocer lo que a Dios le agrada dar a su Iglesia por medio de aquellos de quienes Él quiere valerse y que aportan, no lo

que proviene de ellos mismos, sino lo que proviene de Dios.

Por no haber comprendido realmente lo que es la Iglesia, muchos creyentes piadosos y fieles —y, con mucha mayor razón, los incrédulos— tampoco pueden comprender lo que debe caracterizarla en sus diferentes reuniones y en todas las circunstancias de su vida. No pueden comprender estas cosas, de la misma manera que no es posible comprender el acto de Pedro, quien descendió de la barca, único refugio aparente sobre un mar agitado, para andar “sobre las aguas”.

¡Andar sobre las aguas! ¡Qué temor debe sentir aquel que avanza así! ¡Qué santo temor debería caracterizarnos en todo lo que pertenece al dominio de la vida de fe, en todo lo que le concierne a la Iglesia —o a lo que es la expresión de ella en este mundo—, y qué sentimiento de dependencia del Señor, Cabeza de la Iglesia, debería animarnos, guiándonos a fijar sin cesar nuestras miradas en Él!

Pero, desgraciadamente, ¡cuántas veces hacemos lo contrario y miramos las dificultades, e incluso, muy a menudo, hasta llegamos a alimentarnos de ellas! Al hacer esto lo único que obtiene nuestra alma es desecarse, encontrar aridez, y no hallar ninguna edificación para sí misma ni para aquellos que nos rodean. Y el hecho de que la Iglesia, de que una iglesia local, de que un creyente comience a “hundirse”, en lugar de hacer realidad la marcha “sobre las aguas”, ¿no demuestra que las miradas se han fijado sobre las dificultades y no sobre el Señor, y que se ha ignorado el poder de Su palabra?

Nos encontramos en los días en que el mar está agitado, en que el viento es fuerte, quizá más que en otros tiempos. No miremos el mar ni el viento, sino a Aquel que dijo: “Ven”, y que quiere hacernos andar “sobre las aguas”, dándonos el poder

necesario para ello. ¡Qué poder y qué socorro se encuentra en la palabra de Jesús! Un solo versículo de las Escrituras sostiene, alienta y confiere la fuerza necesaria para avanzar en medio de las más grandes dificultades, andando sobre las aguas. ¿No lo hemos comprobado muchas veces?

Nos encontramos en los comienzos de un año nuevo. Quizás antes de que éste termine, el Señor habrá cumplido su promesa y nos habrá llevado con él al reposo de su presencia. Entonces, ¡la barca arribará al lugar adonde vamos! ¡Anhelamos que hasta ese momento, deseado con todo nuestro corazón, el Señor nos conceda la gracia de mirarlo a él, y sólo a él, para que podamos avanzar por la fe, andando sobre las aguas! El conocimiento de su Persona: “Si eres tú”, de la autoridad de su Palabra: “Manda”, de la meta propuesta: “Que vaya a ti”, da la fuerza necesaria para avanzar, incluso cuando parece que todo falta, que nada es seguro alrededor de nosotros, cuando es necesario andar “sobre las aguas”. ¿Qué importa el viento contrario? ¿Por qué temer el poder de las olas, cuando el Señor dice: “Ven”? Sostenidos y alentados por su Palabra, mirémoslo sólo a Él y vayamos hacia Él, ¡andando “sobre las aguas”!

P. Fuzier (M.E. 1956)

LA FUERZA DEL REY UZÍAS

Unas palabras de exhortación

2.º Crónicas 26

Según leemos en el capítulo citado en el encabezado, Uzías “persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías, entendido en visiones de Dios; y en estos días en que buscó a Jehová,

él le prosperó” (v. 5). Él salió a la guerra contra los filisteos y Dios lo ayudó: “Se había hecho altamente poderoso.” Edificó torres en Jerusalén y las fortificó; construyó torres en el desierto y abrió muchas cisternas. Tenía también labradores y viñadores en los montes y en los llanos fértiles. Además, tenía un ejército de guerreros que salían a la guerra en divisiones. “Todo el número de los jefes de familia, valientes y esforzados, era dos mil seiscientos. Y bajo la mano de éstos estaba el ejército de guerra, de trescientos siete mil quinientos guerreros poderosos y fuertes, para ayudar al rey contra los enemigos. Y Uzías preparó para todo el ejército escudos, lanzas, yelmos, coseletes, arcos, y hondas para tirar piedras. E hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros, para que estuviesen en las torres y en los baluartes, para arrojar saetas y grandes piedras” (v. 12-15). No tenemos el propósito de hacer una descripción del poderoso ejército de Uzías, sino buscar las enseñanzas que Dios nos brinda en esta porción de la Palabra. “Y su fama se extendió lejos, **porque fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso. Mas cuando ya era fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina**” (v.15). De todas las palabras que hemos apuntado, éstas últimas son, por cierto, las más notables.

Podríamos pensar que la meta que se proponía Uzías era **hacerse poderoso**. Desgraciadamente, el deseo natural de ser poderosos sirve para sentirnos independientes de Dios. ¡Cuántas veces los santos gimen por sus debilidades, pero en realidad lo que ocupa sus pensamientos es el hecho de no contar con recursos propios! Olvidamos que toda la fuerza de que dispone el creyente brota de la plenitud que reside en Jesús y que, como Pablo, siempre deberíamos tener la capacidad de decir: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2.^a Corintios

12:10). Si queremos experimentar el poder que se encuentra en Él, no debemos depositar ninguna confianza en nuestros propios recursos.

Corremos el gran peligro de recurrir a múltiples medios en lugar de confiar en el Señor mismo. Podemos probar todos esos medios, pero la conclusión será que sólo fueron esfuerzos inútiles.

¿Qué vemos en la historia de la Iglesia? Ella fue ayudada maravillosamente hasta hacerse poderosa, y cuando llegó a ser fuerte “su corazón se enaltecó”. Los santos de Corinto, quienes disponían de múltiples recursos por medio de hombres instruidos y sabios, eran propensos a pensar que por su propia sabiduría podían refutar a los paganos; pero, el apóstol les dice: No; vosotros lo podréis hacer únicamente por “la sabiduría de Dios”, la cual para los hombres es “locura”, y por el “poder de Dios”, que es “debilidad” para los hombres. En el libro de los Hechos, el Espíritu de Dios nos muestra a la Iglesia numéricamente débil, pero ayudada maravillosamente. Por desgracia, muy pronto la Iglesia comenzó a mirarse a sí misma, a apoyarse en sus recursos y a considerar su importancia en lugar de contemplar al Señor. ¿No hallamos en todo esto una enseñanza que debemos recordar? Nuestra bendición ¿no consiste en permanecer en la pequeñez, dejándole a Dios el cuidado de salvaguardar la gloria de su Nombre?

Corremos el serio peligro de decir o de suponer que hemos llegado a ser importantes. El hecho de que el creyente considere su propio honor o su reputación, en lugar de darle el honor que merece el Señor, es una clara señal de decadencia. Lo importante es apegarse al Señor y descansar en él; un ojo simple siempre estará ocupado en la contemplación de Cristo.

Las palabras: “Su corazón se enalteció para su ruina”, referidas en el versículo 15 son muy graves; y en Gálatas 6:8 leemos: “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción.” Si alguien, aun cuando fuera un hijo de Dios, “siembra para la carne”, segará una triste cosecha de corrupción; habrá empleado mal su tiempo. Prestemos atención a las palabras de las Escrituras, las cuales nos sondan, y no desviemos la punta de la espada, suponiendo que ella no se dirige a nosotros mismos. Tal manera de pensar ha sido la fuente de muchos errores en la Iglesia. El alma que tiembla ante la Palabra de Dios y deja que ella escudriñe sus caminos, esa prosperará. Un santo puede “sembrar para la carne” o “andar en la carne” o “militar según la carne”, pero así su triste final será lo que leímos: “De la carne segará corrupción.” Cuando Uzías se hizo poderoso (su fuerza radicaba en sus propios recursos) su corazón se enalteció; fue lo que hizo también el corazón del rey de Babilonia (Daniel 4:30), y éste aún más que el de Uzías. Un corazón que se enaltece se encuentra en un estado muy peligroso y, casi siempre, en vísperas de una caída.

Aun cuando Uzías era el rey ungido, no era, sin embargo, un sacerdote ungido; pero, él no admitía en absoluto tener algún límite; “se reveló contra Jehová su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso en el altar del incienso”, lo cual no le correspondía hacer pues era una función que les había sido confiada únicamente a los sacerdotes, los hijos de Aarón santificados. Nosotros tenemos que velar para no tomar en nuestras relaciones con el Señor una actitud de familiaridad profana. Un espíritu humilde está siempre confiado, pero se acerca confiadamente a Dios solamente en virtud de la sangre de Jesús; no va a la presencia de Dios con el atrevimiento que

muestra aquel que se enaltece en su corazón. Solamente podemos presentarnos ante Dios mediante el perfume de Jesucristo y no a causa de nuestra propia piedad, de nuestra consagración o de un fervor carnal.

Cuando el sacerdote Azarías y ochenta sacerdotes de Jehová entraron al templo tras Uzías, opusieron resistencia al rey, y le dijeron: “No te será para gloria delante de Jehová” (v. 17-18). “Entonces Uzías, teniendo en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira; y en su ira contra los sacerdotes, la lepra le brotó en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso” (v.19).

Amados, la historia del rey Uzías está escrita para nuestra instrucción. Enaltecerse en el corazón es buscarse a sí mismo y no buscar a Dios. Nosotros, ¡bendito sea Dios!, tenemos toda la libertad para entrar en los lugares santos porque somos sacerdotes de Dios, pero no olvidemos que podremos hacerlo siempre y únicamente mediante el perfume de nuestro sumo Sacerdote.

En el capítulo 27, versículo 6, no se menciona un gran ejército de Jotam; leemos que él “se hizo fuerte, porque preparó sus caminos delante de Jehová su Dios”. Éste es el medio para que nuestra fuerza crezca en la práctica. Así fue para los tesalonicenses: “Acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo” (1.^a Tesalonicenses 1:3). Jotam, en toda su conducta, tenía presente a Jehová. Ante los ojos de los hombres él no era tan poderoso como Uzías, Pero el Espíritu Santo cita su nombre como uno de aquellos que fueron “fuertes” ante los ojos de Dios.

C.Favez (M.E. 1958)

MEDITACIONES BREVES

Nº 1

Juzgar a nuestros hermanos

Mateo 7:1-5

He pensado muchas veces en publicar unas «Meditaciones breves» (así concebí el título) ya sea sobre las experiencias personales que vivimos diariamente, constreñidos por la Palabra de Dios, o bien sobre los nuevos conocimientos que la misma Palabra nos aporta cada día respecto a nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Estas luces son buenas y útiles para los hombres y nunca habrá lugar para arrepentirse de recibir las. Por un lado ellas mantienen a nuestras almas en una saludable humildad y, por otro, las introduce en una esfera de paz y felicidad en la cual el enemigo de los escogidos de Dios no tiene acceso, una esfera de gozo puro y radiante el cual será nuestra parte eterna.

El pasaje que hemos citado trata un tema casi diario: las relaciones con nuestros hermanos. Al juzgarlos, nos hacemos juzgar a nosotros mismos. Tenemos prohibido, siempre, juzgar los motivos de sus actos, pues nadie conoce tales motivos salvo ellos mismos y Dios.

Pero, mucho más, no estamos autorizados, de ningún modo, a suponer que sus actos proceden de malos motivos. Una vez u otra el juicio con el que hemos juzgado a nuestros hermanos y la medida con la que los hemos medido nos serán aplicados, ya sea que tal sentencia provenga de Dios o bien de los hombres. Para esto, y para vergüenza nuestra, Dios quizá puede valerse de los hermanos a quienes nosotros mismos hemos juzgado. En su momento, no tuvimos misericordia de ellos

y he aquí que ahora, asombrados, avergonzados y abrumados, nos vemos juzgados por ellos sin misericordia. Aquel mismo asunto que era justo en nuestras apreciaciones nos es rebatido por ellos, y esto es justicia. ¿Acaso no habríamos obrado de la misma manera respecto a ellos?

Pero hay algo peor que eso. Descubrir ante los demás las faltas de nuestros hermanos es muy simplemente **hipocresía**. Ocultamos nuestras propias faltas, las cuales todo el mundo ve, salvo nosotros mismos. Tenemos una viga que ciega nuestro ojo, ¡pero examinamos con lupa las faltas de nuestros hermanos! A menudo revestimos este acto con un tinte de caridad: «**Permíteme, yo quitaré** la paja de tu ojo.» Asimismo, mediante este espíritu judicial, frecuentemente intentamos ocultar nuestra “viga” ante los ojos de los demás. ¡Ay!, por desgracia es una maniobra demasiado conocida; es una estrategia: se ataca para no ser atacado.

¿Qué hermano llamado por Dios a guiar a otros no ha tenido que aprender y sufrir todas estas cosas, siendo alcanzado por el céntuplo, y a menudo de manera injusta, por juicios que él mismo ha emitido sobre sus hermanos? Pero, gracias a Dios, cuando aprendió esta lección, la encuentra provechosa y comprende esta palabra que salió de la boca del Maestro: “Bienaventurados los mansos.” El manso es humilde de espíritu; no se envanece, no imputa el mal; no juzga y está lleno de bondad. La mansedumbre contiene la mayor parte de los caracteres del amor. Jesús era manso y humilde de corazón. En Él fue manifestado el amor de Dios.

H. Rossier (M.E. 1921)

HA RESUCITADO EL SEÑOR VERDADERAMENTE

(Lucas 24:34)

por F. von Kietzell

(Viene de la página 215, año 2006)

Capítulo 7

En medio de los suyos

(Lucas 24:36-49; Juan 20:19-23)

Ahora nos disponemos a considerar lo que quizá haya sido el evento más importante de toda la historia de la resurrección: la primera reunión de los discípulos alrededor de Cristo resucitado. Cronológicamente, esto sucede inmediatamente después de que los dos discípulos de Emaús regresaran hasta donde estaban los demás. “Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos” (Lucas 24:36).

Tal como lo hemos visto, mientras dos de sus discípulos “iban” hablando entre sí, “Jesús mismo” se acercó, y caminó con ellos (v. 15). Ahora vemos que los discípulos estaban reunidos y que Él mismo se encontraba entre ellos. En esto contemplamos dos aspectos de nuestra vida cristiana. Puede que nos encontremos caminando como aquellos que “iban” —uno aquí, el otro allá— o que tengamos el privilegio de estar reunidos. Pero en un caso como en el otro, podemos contar con “Jesús mismo”. Y cuando su Esposa haya llegado al final de su largo viaje, tan sufrido a través del desierto, no vendrá a recibirla un ángel enviado, sino que el Señor mismo... descenderá del cielo... y así estaremos siempre con el Señor” (1.ª Tesalonicenses 4:16, 17).

“Cuando llegó la noche de aquel mismo día, el primero de la

semana, estando las puertas cerradas en el lugar donde los discípulos estaban reunidos, por miedo de los judíos, vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros” (Juan 20:19). El Espíritu Santo insiste, manifiesta e intencionalmente, sobre el hecho de que esa primera reunión de los creyentes¹⁾ tuvo lugar “el primer día de la semana”; de otro modo no lo habría repetido aquí expresamente (cf. v. 1).

¡Qué día notable! Quedaba establecido un nuevo orden de cosas. El sábado era puesto de lado y, a partir de ese día, el domingo, octavo día —el de la nueva creación, el de la resurrección de nuestro Señor— tendría preeminencia sobre el sábado. ¿Respetamos ese día como conviene, tanto en nuestro corazón como en nuestra vida? Se trata del “día del Señor” o el día dominical (Apocalipsis 1:10). Además, señalemos que, cuando los discípulos estuvieron finalmente reunidos, ya era de noche. Hasta entonces, ellos se habían dispersado; cada uno había regresado a su casa (Juan 20:10; Lucas 24:13). Incluso leemos que en ese momento “las puertas en el lugar donde estaban los discípulos” estaban cerradas “por miedo de los judíos”. Aunque había múltiples pruebas de la resurrección —basta recordar las cuatro apariciones del Señor ya consideradas— los discípulos aún no descansaban plenamente sobre este hecho.

Los tres relatos que leemos acerca de esa reunión nocturna nos describen tres diferentes estados del corazón: la dureza de éste (en el evangelio según Marcos), la falta de fe (en Lucas), y el gozo (en Juan). En lo que nos concierne a nosotros, ¿no nos sucede lo mismo? La presencia viva del Señor en medio de los suyos reunidos alrededor de Él ¿no es gustada en grados muy diversos?

Pero ni la condición en que se encontraban los corazones de

1) Con el fin de prevenir todo malentendido, recordemos que la Iglesia o Asamblea comenzó a existir en este mundo recién en Pentecostés. Por otra parte, este pasaje no se aplica solamente a los apóstoles. Mientras que Marcos 16:14 nos habla de los “once” y 1.ª Corintios de los “doce” (un nombre colectivo), Lucas 24:33 nos enseña, de hecho, que el círculo era más amplio. Notemos también que Tomás estaba ausente (Juan 20:24).

algunos de los suyos, ni las puertas cerradas podían retenerlo. “Vino Jesús, y puesto en medio, les dijo: Paz a vosotros” (Juan 20:19). ¡Qué momento extraordinario! Él, el “Señor de paz” (2.^a Tesalonicenses 3:16), el mismo que es “nuestra paz” (Efesios 2:14), se puso en medio de los suyos y pronunció esa salutación sin igual que hallamos no menos de tres veces en el relato de la resurrección (Juan 20:19, 21, 26). Frente a la inquietud y a la agitación de sus corazones, ¿qué otro saludo de Su parte habría podido ser más apropiado que ese? En el pasado, el profeta Isaías, dirigiéndose al remanente, había exclamado: “He visto sus caminos; pero le sanaré, y le pastorearé, y le daré consuelo a él y a sus enlutados; produciré fruto de labios: Paz, paz al que está lejos y al cercano, dijo Jehová; y lo sanaré” (Isaías 57:18-19). Y el salmista proclama: “Escucharé lo que hablará Jehová Dios; porque hablará paz a su pueblo y a sus santos... la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Salmo 85:8-10). Ahora había llegado ese momento, en la muerte y la resurrección de Cristo. ¿No les había dicho Él, antes de dejarlos: “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os doy como da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se acobarde” (Juan 14:27; VHA)?

Por cierto, ellos estaban “espantados y atemorizados”, y “pensaban que veían espíritu” (Lucas 24:37). Verlo aparecer en medio de ellos de manera tan misteriosa, ¡les resultaba demasiado! Esto nos recuerda la sorpresa que experimentaron tanto la muchacha llamada Rode como aquellos que estaban reunidos orando, cuando Pedro fue librado de la cárcel por mano de un ángel. O también la que sintieron los discípulos mismos, quienes, asaltados por el miedo, exclamaron: “¡Un fantasma!”, cuando Jesús fue hacia ellos andando sobre el mar (Hechos 12:12-13; Mateo 14:25-26).

Exactamente así como había calmado sus temores aquella noche, diciéndoles: “Yo soy”, el Señor les brindó calma también en esta circunstancia; sin embargo, no lo hizo sin dirigirles a la vez un reproche. Efectivamente, en Marcos 16:14 leemos que “les repro-

chó su incredulidad y dureza de corazón”. Y les dijo: “¿Por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que tengo” (Lucas 24:38-39).

El cuerpo maravilloso del que se habla aquí no se trata de un espíritu, sino de un “cuerpo espiritual”, de un “cuerpo celestial”, a veces visible y otras veces invisible, reconocible en ciertos momentos y no en otros, capaz de pasar a través de puertas cerradas, como también de comer alimentos comunes, aunque ciertamente no necesita de ellos. Pero, aún no se trataba del Señor glorificado, delante del cual Saulo en el camino a Damasco y Juan en Patmos cayeron en tierra. Velemos a fin de no sacar de estos detalles conclusiones prematuras en cuanto a nuestros cuerpos glorificados, puesto que “aún no sea ha manifestado lo que hemos de ser” (1.^a Juan 3:2). Sin embargo, una cosa es cierta: “Así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1.^a Corintios 15:49).

Me parece que, aún más que todo esto, lo que debe hablar a nuestro corazón es la invitación que el Señor les dirigió a sus discípulos, cuando los impulsó a que se cercioraran ellos mismos de la realidad de Su presencia: “Mirad mis manos y mis pies... palpad, y ved... Y diciendo esto, les mostró las manos y los pies”, así como su costado que había sido abierto por la lanza de un soldado (Lucas 24:39-40; Juan 20:20). ¡De qué conmovedora manera el Señor fue condescendiente con sus discípulos a fin de librarlos de sus dudas! ¡Pero, eso aún no era suficiente! “Y como todavía ellos, de gozo, no lo creían, y estaban maravillados, les dijo: ¿Tenéis algo de comer? Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos” (Lucas 24:41-43).

He aquí tres “pruebas indubitables”, adaptadas al estado del corazón de los suyos reunidos allí, por medio de las cuales el Señor se presentó a ellos como el hombre Cristo Jesús resucitado de entre

los muertos. Él lleva siempre las marcas de sus heridas —lo que es en sí un hecho maravilloso—; es Aquel que hizo “la paz mediante la sangre de su cruz” (Colosenses 1:20). Y es quien se puso en medio de los suyos no como un espíritu, sino con un cuerpo físico real. Los que estaban allí quedaron tan plenamente convencidos de esto que uno de ellos escribiría, decenas de años después: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos... eso os anunciamos” (1.ª Juan 1:1-3). Y, finalmente, en tercer lugar, habiendo tomado esos alimentos “comió delante de ellos”. Él era un hombre verdaderamente real en un cuerpo resucitado —el primero—, un cuerpo de la nueva creación: “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:18). De allí en adelante, ellos podían dar testimonio de Él, tal como lo leemos en el libro de los Hechos: “Nosotros que comimos y bebimos con él después que resucitó de los muertos” (10:41).

“Y los discípulos se regocijaron viendo al Señor” (Juan 20:20). Ahora, el dolor y la angustia, el desaliento y el espanto, habían pasado. Sus heridas y su resurrección echaban los fundamentos de una paz verdadera y duradera, y la contemplación de Su persona los llenaba de gozo. Tal como Él mismo les había dicho antes: “Se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22). Abraham había visto Su día y se había gozado (Juan 8:56), e Isaías había visto Su gloria (Juan 12:41), pero aquí había mucho más. ¡Los discípulos veían a Jesús “mismo”, al Primogénito entre muchos hermanos, al Señor resucitado, quien tomaba lugar en medio de sus amados!

El relato de Lucas 24

Respecto a los sucesos que a continuación se desarrollaron en esa extraordinaria reunión, las dos narraciones que poseemos siguen caminos tan diferentes que parece preferible considerarlos de manera individual. En el relato de Lucas, esa reunión se caracteriza

por tres puntos particulares: la presencia personal del Señor, el rol de la Palabra de Dios y la responsabilidad de aquellos que estaban reunidos. Estos tres puntos determinan, aún hoy, el contenido y el desarrollo de nuestras reuniones.

Ya hemos considerado el primero de esos tres puntos: nuestro Señor resucitado “se puso en medio de ellos”. ¡Cuán importante es, pues, que en las reuniones de los creyentes sea preservada, ante todo, la presencia personal del Señor, que él no sea puesto de lado, es decir, que no sea reemplazado por alguien o por algo! Y tal presencia personal será una realidad solamente si, como principio y en la práctica, el hombre y la carne son considerados como nada, y si se da lugar realmente a esta preciosa palabra: “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20).

El Señor, “con muchas pruebas indubitables”, había convencido a sus discípulos de que era él mismo. Ahora, se presentaba entre ellos y les hablaba personalmente; instruyendo mediante la Palabra de Dios a los suyos reunidos allí, alrededor de su persona. “Y les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos” (Lucas 24:44). Es interesante señalar aquí cuán alto valor concede el Señor a las Escrituras. ¡Qué importante es esto en una época como la nuestra, en la cual parece que cada vez se le da menos valor a la Palabra de Dios! En el camino a Emaús, el Señor ya les había explicado a los dos discípulos “en todas las Escrituras lo que de él decían” (v. 27). Aquí también Él se remite a todas las Escrituras: menciona las tres grandes divisiones que los judíos distinguían en el Antiguo Testamento, y que aún hoy se encuentran en las Biblias hebraicas. Y nosotros, ¿no tenemos nada que aprender de este hecho, teniendo en cuenta que son esas mismas Escrituras las que dan testimonio de Él (Juan 5:39)?

¡Era necesario que todo lo que estaba escrito acerca de Él se

cumpliera! ¿Cómo podría ser de otro modo? “Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén” (Lucas 24:46-47). El Señor también había hablado de esta manera a sus discípulos la última vez que todos ellos, juntos, se habían encontrado con él; asimismo, cuando habló a la turba que había ido para apoderarse de él, con espadas y con palos, ¡e incluso cuando se dirigió a Pedro, el discípulo lleno de celo, quien había arriesgado su vida por él! Les había dicho: “Os digo que es necesario que se cumpla todavía en mí aquello que está escrito” (Lucas 22:37; véase también Mateo 26:54 y 56). Las expresiones “está escrito” y “para que se cumplan las Escrituras” caracterizan todo su ministerio, desde la tentación en el desierto hasta su muerte en la cruz (cf. Juan 19:24, 28, 36, 37).

Todas las veces que Él les había anunciado lo que tenía por delante no se producía en ellos otra cosa que incomprensión, tristeza y espanto. Pedro, incluso, ¡había llegado hasta el extremo de arrepentirse a causa de ello! “Y ellos se asombraron, y le seguían con miedo” (Marcos 10:32). “Ellos no entendían esta palabra, y tenían miedo de preguntarle” (Marcos 9:32). “Pero ellos nada comprendieron de estas cosas, y esta palabra les era encubierta, y no entendían lo que se les decía” (Lucas 18:34).

¡Qué contraste vemos con lo que ocurrió después de que el Espíritu Santo fue derramado sobre ellos! Luego de este evento, esos mismos discípulos no dejaron de demostrar, de acuerdo con las Escrituras, que Dios cumplía lo que había sido anunciado en el pasado por boca de todos los profetas (Hechos 3:18). Por cierto, el fundamento de tal certeza fue puesto en esa memorable noche en que el Señor mismo “les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras” (Lucas 24:45). El contraste entre el período que precede al Pentecostés y el que le sigue resalta el extraordinario efecto de la presencia del Espíritu Santo en los creyentes, quien de-

bía guiar a los discípulos —así como a nosotros mismos por su medio— “a toda la verdad”. Nosotros, pues, hoy en día ¡no tenemos ninguna excusa, pues no sólo tenemos la Palabra de Dios completa, sino también “la unción del Santo” y la presencia de Aquel que nos dará “entendimiento en todo” (1.ª Juan 2:20; 2.ª Timoteo 2:7)!

¡Qué experiencia maravillosa vivimos cuando Él nos abre el entendimiento para que comprendamos su Palabra! Para ese remanente fiel que estaba de luto se cumplían las palabras que Isaías había pronunciado tan largo tiempo atrás: “En aquel tiempo los sordos oirán las palabras del libro, y los ojos de los ciegos verán en medio de la oscuridad y de las tinieblas. Entonces los humildes crecerán en alegría en Jehová, y aun los más pobres de los hombres se gozarán en el Santo de Israel” (Isaías 29:18, 19). Nosotros también nos contamos entre “los más pobres de los hombres”, pero “el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento” (1.ª Juan 5:20).

Sin embargo, no olvidemos que a todo entendimiento abierto le incumbe una responsabilidad mayor. Observemos que Lucas termina el relato de esa primera reunión alrededor del Resucitado con estas solemnes palabras del Señor: “Y vosotros sois testigos de estas cosas” (Lucas 24:48). Estas palabras también deberían ser la conclusión de cada momento que pasamos en Su presencia, escuchando atentamente su Palabra.

El relato de Juan 20

Esa extraordinaria reunión de los discípulos alrededor de su Señor resucitado había comenzado con la palabra de salutación: “Paz a vosotros.” Ahora terminaba con esa misma palabra.

“Entonces Jesús les dijo otra vez: Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío” (Juan 20:21). El alcance de estas palabras va más allá de lo que acabamos de considerar en el relato de Lucas. “Como el Padre me envió...” —si esto no estuviera escrito aquí, por cierto que no nos arriesgaríamos a decirlo. Ahora que Él, el enviado del Padre, iba a dejar nuevamente la escena de su

actividad, les tocaba a ellos, a sus “hermanos”, ser los portadores de Su testimonio— testimonio que, antes de su venida, jamás había resonado en esta pobre tierra que yace bajo la maldición del pecado.

Si queremos saber en qué consiste tal testimonio, sólo tenemos que escuchar al Señor mismo: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17). El Padre había enviado a su unigénito Hijo y había manifestado así su gracia; ahora les tocaba a ellos, a los enviados del Señor, llevar tal mensaje de gracia a un mundo que corría hacia el juicio condenatorio. Más tarde, el apóstol Pablo expresaría el mismo pensamiento al decir que Dios dio “el ministerio de la reconciliación” a los apóstoles: “Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios” (2.ª Corintios 5:18, 20). ¿No debemos reconocer que, por lo general, nosotros tenemos un concepto demasiado estrecho acerca de la tarea que el Señor nos ha hecho el honor de confiarnos?

Para ser portadores de tal testimonio, primeramente tenemos que haber experimentado plenamente la paz. Si consideramos en su contexto la segunda vez que hallamos la expresión: “Paz a vosotros”, la veremos bajo una luz muy diferente de la primera. Cuando la pronunció la primera vez, Jesús les había mostrado sus manos y su costado, pero hallamos otra acción muy significativa asociada a la segunda ocasión. “La sangre de su cruz” brinda la paz a nuestras **conciencias**, pero la paz del corazón está ligada a su **Persona**, a su resurrección y a su vida.

“Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Juan 20:22). Este acto simbólico de Señor no tiene nada que ver con la venida personal del Espíritu Santo, lo cual debía producirse el día de Pentecostés. En el versículo citado se trata del Espíritu Santo como fuente de la nueva vida. El Hijo, a quien el Padre “ha dado... el tener vida en sí mismo”, “a los que quiere da vida” (Juan 5:26, 21). Así como en la primera creación había soplado aliento de

vida en la nariz del hombre, aquí, como “espíritu vivificante” (1.ª Corintios 15:45), el Señor sopla simbólicamente la vida de la nueva creación (es decir su vida de resurrección) en aquellos que, con él y a causa de él, pertenecen a dicha nueva creación. “Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Juan 14.19). Él, quien se llama a sí mismo “la vida” (Juan 11:25; 14:6) y al cual le pertenece “el poder de una vida indestructible (o indisoluble, imperecedera)” (Hebreos 7:16), “quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad (o la incorrupción)” (2.ª Timoteo 1.10). De allí en adelante, el Señor está dispuesto a dar tal “vida eterna” a todos los que acuden a él, a todos aquellos que le son dados por el Padre (cf. Juan 17:2). Dicha vida eterna no es simplemente una vida que dura para siempre, sino una vida que proviene de Dios, una vida más allá y fuera de la muerte. Ésta no tiene ningún poder sobre ella, porque es la vida misma del Señor. Él, el segundo Hombre, el postrer Adán, el Jefe de la nueva creación, es poseedor de esa vida y la otorga a los suyos.

Aquel que tenía el imperio de la muerte, el diablo, perdió la presa. Una prueba de ello se encuentra en los inútiles lienzos y el sudario enrollado en un lugar aparte, y que fueron descubiertos en el sepulcro la mañana de la resurrección (Juan 20:7). La vida de resurrección arrancada al terrible Adversario es como un botín que el Vencedor comparte con los suyos; botín que, no obstante, ellos no guardaron para sí mismos, sino que, a su turno, lo compartieron con todos aquellos a quienes les anunciaron el Evangelio.

Evidentemente, no todos están listos para recibir ese don, que será aceptado o rechazado según el estado espiritual de cada uno. Por eso el Señor añade: “A quienes remitiereis los pecados, les son remitidos; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos” (Juan 20:23). Esta expresión sublime y solemne, contrariamente a aquellas parecidas que leemos en Mateo 16:19 y 18:18, no tiene nada que ver con el ejercicio de la disciplina; y tampoco se dirige a los apóstoles o a la Iglesia como tal. Todos los redimidos deben ser portadores de

este mensaje de gracia. Exactamente así como aquellos mensajeros del evangelio del reino debían juzgar si en la casa donde entraban moraba un “hijo de paz” (Lucas 10:6), así también hoy los mensajeros del evangelio de la gracia deben manifestar su discernimiento. A algunos les podrán dar una salutación de paz, pero a otros tendrán que decirles solemnemente, tal como lo hizo Pedro a Simón el mago: “No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios” (Hechos 8:21).

En Edén, huerto de vida, Dios había tenido que hablarle al hombre acerca de la muerte, a fin de ponerlo a prueba; una prueba de la que el hombre no salió victorioso. Por eso la muerte reina desde Adán hasta hoy. El segundo hombre, enviado por Dios, sufrió la muerte a favor de pecadores culpables. Aquí, en esta escena de muerte, Él, quien salió triunfante de la tumba, tiene ahora palabras de vida. Tal es la gracia, digna de nuestra adoración.

Sin embargo, el Enemigo, serpiente astuta, continúa actuando hoy como en el día en que le aseguró al hombre: “No moriréis”. Al arrojar ahora un manto de duda sobre la Palabra de vida, tal como lo hizo entonces sobre la sentencia de muerte, él priva a innumerables almas de los frutos de la victoria de Cristo.

No escuchemos la voz del Mentiroso; escuchemos más bien la voz de Aquel de quien está escrito: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd” (Mateo 17:5). ¡Que su paz llene nuestros corazones y su vida obre en nosotros! Seamos conscientes también de que tenemos el gran privilegio de poder reunirnos alrededor de Él, hasta el momento, quizá muy cercano, en que contemplaremos al Cordero inmolado “en medio del trono... y en medio de los ancianos” (Apocalipsis 5), es decir en medio de todos sus redimidos. ¡Entonces lo alabaremos eternamente!

(Continuará)

*Cual la mar en calma es la paz de Dios,
fuerte y gloriosa, es eterna paz;
grande y perfecta, premio de la cruz,
fruto del Calvario, obra de Jesús.*

*En aquel refugio del gran Dios de paz,
siempre prueba el alma su gracia eficaz;
nunca negra duda, ni pena y pesar,
ni más vejaciones pueden acosar.*

*¡Oh Señor amado! Tú nos das quietud,
de Ti recibimos celestial salud;
a tus pies echamos fardo y menester,
pues nos impedían el camino hacer.*

*Al abrir la senda, paz nos das Señor,
pruebas y alegría da también tu amor;
marca cada hora el sol de tu faz,
a tu sombra el alma hallará solaz.*

*¡Océano de gloria, paz del Redentor!,
prenda de victoria, don del Vencedor.
Tu gracia infinita, ondas y raudal,
inunda el alma tu paz celestial.*

*Al Padre omnipotente, a Cristo el Salvador,
por el Santo Espíritu rendid gloria y honor.
Y de su amor la inmensidad, humildes ensalzad.
Por siglos de siglos con himnos de triunfo su gloria publicad.
Con cánticos de triunfo su gloria publicad;
su excelsa majestad y su eterna bondad,
su gloria, ¡su gloria publicad!*